

Editorial:

Entre las polémicas de los calendarios julianos y gregorianos, esta revistucha sale otra vez, demostrando con su sola aparición que los años no son años (por eso de que el año dura 365 días y 6 horas y unos cuantos minutos y segundos y milésimas, etc. más). Igualmente que los calendarios no pueden ser exactos, ni los relojes atómicos, ni nada –puesto que la exactitud se hunde en el problema de lo divisible (no se sabe que es un segundo, hasta que se sepa que es una diezmillonésima), cuando nos alejamos de las medidas habituales (el año, el mes, la semana, el día, la hora, el minuto y el segundo) se nos empieza hacer evidente el hecho de que el tiempo es un absurdo, o por lo menos un hecho político bastante discutible.

La revistucha esta que sale, con su voluntad aperiódica, no se sabe si lo consigue. Pero al menos se intenta, se intenta con el descreimiento a la que aspira.

Sea como sea, el Cagadero, vuelve de nuevo hasta nuestros hogares con el mismo ímpetu, con el mismo movimiento que no se sabe ni de dónde ni para qué. Esta vez protestando, con suma violencia, contra el nombre...

Los editores protestan, aunque sin censurar a nadie, contra los autores que aquí publican utilizando sus nombres verdaderos... (¿acaso puede haber un nombre verdadero?), se ríen ante la ingenuidad de sus intenciones o sospechan de sus verdaderas intenciones. Alguien que publique con su verdadero nombre es digno de toda desconfianza. Al fin y al cabo quién habla –o quién escribe- es siempre ese residuo patético que en el fondo bulle de toda la petulante maquinaria del Estado: la identidad.

Si no se logra erradicar la identidad del todo, entonces, amigos míos, podemos estar seguros de que lo que se está diciendo es digno de descrédito y de vilipendio. Sin embargo tampoco tenemos ánimos de extirpar la identidad a lo bestia, es decir, con la censura y otros métodos semejantes. No... si ello fuera así daríamos pie a comentarios y a confusiones en esa buena gente que pretende dividir a la lucha política en dos simples contrarios que se contraponen: izquierda y derecha (cuya lucha sin fin y es, sin duda, la mejor forma de anular todo lo que de verdad pueda ser política).

No, señores, la protesta contra la identidad tiene que surgir de la propia voz –no del autor, porque la voz no es el autor, sino de la propia palabra que aparece en él, la voz es una aparición, un objeto ajeno a la voluntad del autor-: la voz que cuando se lanza al aire –y esta revista quiere, en su modesta difusión, ser un vehículo para ese lanzamiento- ya no pertenece a nadie, y tanto si la dice Agamenón como su porquero la palabra es siempre la misma y válida para todos.

Y... en fin, las maneras en que el poder se ha aprovechado de esos quehaceres de darnos un nombre a cada uno y enaltecerlo con apellidos, honores, matrimonios, patrimonios, pasaportes y hasta gustos literarios son muchos y más complicados de explicar de lo que se puede abordar en un editorial con voluntad de breve, oficioso y panfletario.

Así que ahí dejamos este número... con las voces que en el contenga que pertenezca, más o menos personales de sus respectivos, sabiendo que entre más anónimas sean, más dignas de atención serán y aún más sensatez y razón rezumen de sus palabras.

Sea como sea, el Cagadero, una vez más aparece, continuando con su labor de, en la medida de lo posible, desde este rincón humilde que ha sabido, con la ayuda y

gracia de la Providencia Divina, mantener y hasta embellecer en la medida de las pocas pretensiones que se gastan.

No sabemos más que decir los editores. No sabemos qué es lo que piensen ustedes de la revista que viene aquí de nuevo a mostrar su faz; si acaso crean que es una revista alternativa de literatura, poesía, etc., con algunos tintes políticos anarquistas. O por el contrario un mero panfleto escatológico y coprofílico que se precia de dar las bendiciones a los mojones y zurullos del averno... Si les place dar nombre a esta cosa, tampoco vamos a armar demasiada alharaca, pero a todo ello decimos No. Que esto es otra cosa. No porque realmente sea otra cosa –porque nunca hay demasiada seguridad entre los que andamos por aquí para afirmar nada-, pero si estamos seguros de que esa medida repulsiva de los más eso de dar nombres a las cosas que caen a las manos: Esto es poesía, lo de allá, literatura, lo de más acá, novela negra, aquello es un ensayo de filosofía, etc., etc., etc.: ordenándolo todo en una taxonomía sin final. Todo, evidentemente, para neutralizarlo y matarlo en la fantasía de los géneros escriturísticos.

Ante ello sólo cabe puntualizar... lo que hay aquí es palabras. Y las palabras no se inscriben en ningún genero como no sea por la violencia que ejerce en ellas, constantemente, la Realidad. La Realidad de la que, después de todo, todos somos esclavos. Ante eso sólo queremos pedir que se siempre que se lea –no sólo esta revista, evidentemente- se lea como eso... como una desnudez del género, con la desnudez de la palabra que es siempre nueva y siempre distinta si nos resistimos –como tiene que ser y a lo que quiere apuntar esta revistucha- a ese ordenamiento de las palabras y neutralizándolas antes si quiera de haberla leído.

En fin, lamentando de nuevo el formato... que sigue aún a los auspicios del Internet y las redes de ordenadores, pero sabiendo que la única buena manera de hacer

una revista sería a pregón vivo y del boca a boca... tampoco consuelo nos da la suficiente resignación para seguir agitando desde acá.

Salud.

Los Editores.